

EL BARCO



DE VAPOR

Pilar Mateos

Historias de Ninguno



Ninguno es un niño pequeño del que ya nadie recuerda su verdadero nombre. Es tan pequeño, tan pequeño, tan pequeño que tiene que meterse piedras en los bolsillos para que no se lo lleve el viento. Nunca nadie se da cuenta de si está o no está, ni su profesor. Un niño ignorado por todos y acostumbrado a ello. Pero un buen día conoce a Camila, una niña pequeña de pies descalzos y cara sucia, que le regala una caja de lápices de colores. Y aunque parecían bastante malas Ninguno se anima y empieza a pintar con ellas y para su sorpresa todo lo que dibuja se convierte en realidad. Eso le lleva a vivir muchísimas aventuras y Ninguno ya no estará nunca más solo porque ahora tendrá a Camila y a Amigo (su perro fiel, pintado por él mismo).

A Moncho

1

Yo soy Ninguno

Si ahora coges el diccionario y buscas la palabra NINGUNO en las páginas de la N, leerás que ninguno significa *nulo, ni uno solo, nadie*; sin embargo, por esta vez, le vamos a llevar la contraria al diccionario.

Ninguno existe, existe de verdad, yo lo he visto, no estoy hablando en broma. *Ninguno* es un niño pelirrojo que tiene cara de sueño, pero la cara nada más; por dentro está muy despierto. Si lo conocieras, te harías amigo suyo enseñado. Y no es difícil que te lo encuentres cualquier día por la calle, porque va a un colegio que está cerca del tuyo.

Ninguno, al principio, cuando estaba todavía en primero de básica, no se llamaba así. Ese nombre se lo pusieron después; pero nadie se acuerda ya de cuál era el suyo verdadero. Tampoco tiene importancia. A lo mejor se llamaba como tú, o como cualquiera de tus amigos.

El caso es que, mientras sus compañeros y sus hermanos iban creciendo de día en día, y había que sacarles a todo correr el dobladillo de los pantalones, *Ninguno* se lo tomaba con mucha calma: parecía que no tenía prisa en crecer, y se quedaba tan pequeño que tenía que empinarse para alcanzarse las orejas.

Su madre decía:

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué le daré yo a este niño, que abulta menos que una canica?

Y le daba espinacas y queso, porque ya sabéis que las madres lo quieren arreglar todo con la comida. Y el niño cogió rabia a las espinacas y al queso.

Pesaba tan poco que tenía que meterse piedras en los bolsillos para que no se lo llevara el viento. Y nadie le hacía caso. Si la tía Petra repartía caramelos, siempre se olvidaba de él.

—Éste para ti, y éste para ti, Y éste para ti —decía—. ¡Hala!, ya estáis todos. ¿Falta alguno?

Y todos contestaban:

—Ninguno.

El niño decía, muy bajito:

—Falto yo.

Si hacía una carrera con sus amigos, él siempre llegaba el último. Moncho preguntaba:

—¿Quién ha llegado el último?

—Yo no —contestaba Tino.

—Yo tampoco —decía Tina.

—Entonces, ninguno ha llegado el último —rezongaba Moncho—. Ya estáis haciendo trampas.

Y el niño decía, muy bajito:

—He sido yo.

EL DÍA EN QUE EMPEZARON, él y sus amigos, cuarto de básica, se dirigieron a la clase con un montón de libros nuevos. Al niño apenas se le veía, y parecía que la cartera se paseaba sola por el pasillo, y ella sola se colocaba en la mesa de atrás.

Al menos, eso fue lo que pensó el profesor que se llamaba don Ataúlfo. Don Ataúlfo les saludó con voz grave, se ajustó meticulosamente las gafas y examinó las caras de sus alumnos. Creyó advertir que en la mesa que estaba junto a la ventana a había demasiados niños. Era verdad, porque Tino y Tina se habían sentado en la misma silla; así que don Ataúlfo dijo:

—No os pongáis todos junto a la ventana. Que se levante uno de vosotros y se vaya a la última mesa, que está libre.

En la última mesa estaba *Ninguno*, estirando mucho el cuello, y tratando de asomarse por encima de los libros para que don Ataúlfo le viera. Dijo tímidamente:

—Esta mesa ya está ocupada, señor profesor.

El profesor estaba muy extrañado porque oía una voz y no sabía de dónde salía: volvió a mirar más atentamente, por si se hubiera equivocado, pero no vio a ningún niño sentado en aquel sitio.

—Por lo que yo veo, ninguno la está ocupando.

—¡Yo la estoy ocupando! —voceó el niño, con tanta fuerza que don Ataúlfo se sobresaltó.

—¿Quién ha gritado? —preguntó.

Sus alumnos se miraban unos a otros, y se encogían de hombros.

—Ninguno —decían.

Entonces el niño se subió encima de la silla, para que todos le vieran bien, y dijo:

—¡*Ninguno* soy yo!

Ese mismo día, en el recreo, se decidió que *Ninguno* iba a llamarse así definitivamente.

LA CLASE ESTABA PREPARANDO su equipo para jugar al fútbol contra los de quinto. Moncho era el capitán; iba diciendo a sus amigos:

—Tú, Tino, de delantero centro. Tú, Tina, de extremo izquierda. Tú, María, de defensa.

—¿Y yo? preguntaba *Ninguno*.

Pero Moncho no reparaba en él. Trataba de poner orden entre sus compañeros, que alborotaban y brincaban, ansiosos por comenzar el partido.

—Bueno, venga, ya estamos todos. ¿Falta alguien?

Y todos vocearon:

—¡Ninguno!

Y el niño se subió encima de un banco, y dijo:

—Si ninguno falta, será que yo soy *Ninguno*; porque yo soy el que falta.

Le pusieron de portero y le metieron todos los goles. Ocho-cero. Moncho se enfadó.

—No hace nada. Cuando él está de portero, es como si ninguno estuviera.

Y por estas y otras cosas que ya os contaré, se quedó para siempre con el nombre de *Ninguno*.

Ninguno estaba un poco triste, ésa era la verdad. No le gustaba que le metieran todos los goles, ni que la tía Petra se olvidara de él cuando repartía chicles, ni que cada vez que él abría la puerta para entrar en clase, don Ataúlfo pensara que la había abierto una corriente de aire; pero no creáis que se desanimaba fácilmente o se enfadaba por esas tonterías. ¡Qué va!

Y eso que él no sabía las cosas maravillosas que le iban a suceder. Ni se las podía imaginar.

2

Camila y el rey de los saltamontes

Los días de sol, don Ataúlfo les dejaba salir al monte, porque el patio del colegio era demasiado pequeño y no se podía jugar bien al fútbol. Allí cerca había un prado, hermoso y llano, que servía perfectamente de campo de deportes. Durante la lección de lenguaje, los niños oteaban el cielo por la ventana; y si estaba despejado, decían:

—Hoy está la hierba seca. Podemos jugar al fútbol.

Era como si el campo les perteneciera, y disponían de él a su antojo. Nadie se lo disputaba; pero un día, al llegar, se encontraron con una niña que estaba sentada en el suelo, cortando unas ramitas de fresno.

—He cazado al rey de los saltamontes —les dijo—. Lo malo es que se me ha escapado porque no he sabido pintar una jaula.

—¿Y cómo sabes que era el rey de los saltamontes? —preguntaron los niños.

—Porque tiene las alas verdes y azules.

—¡Vaya cosa! El monte está lleno de saltamontes verdes y azules.

—Todos son reyes —afirmó la niña con autoridad.

Estaba descalza y sucia. Y tenía el pelo del color de la hierba. Los niños la contemplaban asombrados.

Ninguno quiso preguntarle su nombre, pero no se atrevió porque era un poco vergonzoso. La niña lo miró y se sonrió.

—Me llamo Camila —dijo.

—¿Por qué vas descalza? —le preguntó Tino.

—Se me han perdido las zapatillas.

—¿Y por qué no te has lavado la cara? —preguntó Tina.

—No me he dado cuenta de que la tenía sucia.

Ésa no era una razón. Nadie se da cuenta de si lleva o no la cara sucia. Uno no se va viendo la cara por el mundo. Se la ven los demás, los padres, los tíos, y te dicen:

—¡Ve a lavarte la cara!

Era una niña rara aquélla, que trabajaba afanosamente cortando ramitas de fresno.

—Tengo que cazar al rey de los saltamontes. Y es preciso que haga una jaula, para que no se me vuelva a escapar.

—No me gusta ir por ahí metiendo a la gente en jaulas —rezongó Moncho—. A ti tampoco te haría gracia que te metieran en una jaula.

Y Camila se mostró de acuerdo con esa opinión.

—Ya sé —asintió pacientemente—. A ninguno le gusta.

—¿A mí? —protestó *Ninguno*. ¡A mí tampoco me gusta que me metan en una jaula!

Pero Camila no le hizo caso y siguió explicando:

—Se lo voy a regalar a un amigo que hace colección de insectos. No se puede hacer colección de insectos si no se los atrapa primero.

—Sí se puede —rebatía Moncho—. Yo tengo una buena colección. Tengo escarabajos, y mariposas, y libélulas, y saltamontes reyes. Habrá, por lo menos, más de mil saltamontes reyes.

Camila se admiró.

—¿Dónde los guardas?

—No los guardo, no hace falta. Los tengo por ahí sueltos, en los árboles y esos sitios; pero es mi colección, y puedo mirarla cuando se me antoje.

Aunque era una reflexión muy razonable, Camila no se dejó convencer.

—A mi amigo le gustan más todos juntos. ¿Queréis ayudarme a construir una jaula?

—Yo no —dijo Moncho—. Tenemos que jugar un partido.

—Nosotros tampoco —dijeron Tino y Tina. Ahora nos vamos a entrenar.

Camila bajó la cabeza con desaliento.

—¿Ninguno va a ayudarme?

—¿Y por qué he de ser yo? —protestó *Ninguno*—. Yo no sé hacer una jaula. Nunca, en mi vida, he hecho una jaula.

No sé cómo hay que colocar todos esos palitos.

—No es difícil, yo te enseñaré —dijo Camila con suavidad. Después, amontonó las varitas sobre la hierba y añadió —: Al que me ayude le voy hacer un regalo.

Entonces todos la rodearon, preguntando muchas veces:

—¿Qué es?

—¿Qué es?

—¿Qué es?

Camila se metió la mano en el bolsillo de su falda y sacó una caja de pinturas, una pequeña caja de cartón, descolorida; dentro había seis lápices chatos y gastados.

Lo niños se decepcionaron.

—¡Vaya cosa! —exclamó Moncho con un gestecillo despectivo—. Yo tengo una caja fenomenal de rotuladores. Yo no las quiero.

—Yo tampoco —dijo Tino—. A mí me han regalado una caja de acuarelas. ¿Para qué quiero esa birria de pinturas?

—Yo prefiero las de cera —dijo Tina—. Éstas son muy duras y casi no tienen punta.

Camila se quedó parada un momento, con su cajita en la mano. Dijo:

—¡Ninguno las quiere!

Y *Ninguno* protestó:

—¿Y por qué yo? ¡Siempre tengo que ser yo! Siempre soy yo quien sale perdiendo. Tengo que hacer una jaula para un saltamontes. Y me quedaré sin jugar. Y todo por esa birria de lapiceros roídos por los ratones.

—No son tan malos como parecen —aseguró Camila.

Y se sonrió. A *Ninguno* le pareció que se estaba burlando de él.

—Si son tan buenos, quédate tú con ellos.

—A mí no me sirven para nada —dijo Camila—. Yo no sé pintar.

Todos la miraron con pena. Mira que no saber pintar una casa, ni un soldado, ni siquiera una flor... ¡Pobre Camila!

Ella se disculpó:

—Sé hacer otras cosas.

Pero ya los niños corrían hacia la parte llana del prado, y tiraban al suelo sus jerséis para marcar las porterías. Ninguno los vio marchar con envidia, y se puso a buscar ramas, un poco enfurruñado.

«¡Mira qué gracia!», pensaba. «Siempre me toca a mí pagar el pato».

Estuvieron tan ocupados ensartando palitos que, cuando el niño quiso darse cuenta, ya hacía largo rato que sus compañeros había entrado en clase.

—¡Ahí va! —exclamó, apurado—. Ahora me la voy a cargar.

Y salió corriendo hacia el colegio.

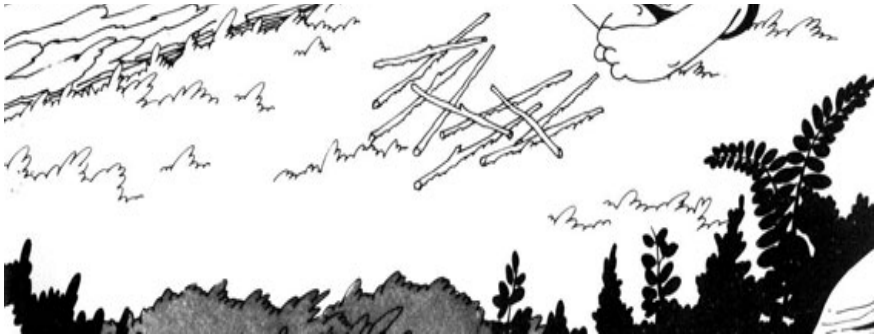
—¡Espera! ¡Espera! —le avisó Camila. Te olvidas tu caja de pinturas... ¡Espera!

—No las necesito —decía el niño, sin detenerse.

Pero Camila corría tras él. Lo alcanzó cuando ya estaba junto a la puerta de la entrada, y se las puso en la mano.

—Te las has ganado y son tuyas. Ten cuidado de no perderlas, ¿me oyes? ¡Qué no se te pierdan!





El niño se las guardó, con la atención puesta en la puerta del colegio. Tenía suerte. En ese momento llegaban tres guardias urbanos que venían de visita, y se coló entre ellos sin que nadie lo viera.

Lo peor iba a ser entrar en clase. Don Ataúlfo se enfadaría por su retraso. Le castigaría a escribir cien veces: «No llegaré tarde a clase». O quinientas veces. O mil. O un millón. Iba a pasarse toda la vida escribiendo: «No llegaré tarde a clase».

3

Las pinturas mágicas

ABRIÓ la puerta con mucho sigilo y se deslizó dentro, encogiéndose como una oruga.

Don Ataúlfo se ajustó las gafas y preguntó:

—¿Quién ha abierto la puerta?

Y ese acusica que hay, algunas veces, en las clases dijo con voz de pito:

—¡*Ninguno!*

El niño ya estaba sentado en su puesto, y todos los demás se callaban para no delatarlo. Don Ataúlfo se sorprendió.

—¿Cómo? ¿Nadie ha abierto la puerta?

Y el acusica repitió:

—Sí señor, ha sido *Ninguno*. *Ninguno* acaba de entrar.

—Bueno —dijo el profesor—. Si no ha entrado nadie, será que la ha abierto una corriente de aire.

—Mira qué gracia —pensaba *Ninguno*—. Y ahora, encima, no me voy a saber la lección.

Y se quedó espantado cuando oyó decir a don Ataúlfo:

—Preparad el cuaderno y el bolígrafo, y escribid con detalle lo que acabo de explicar.

El pobre *Ninguno* lo miró con cara de sordo: luego, abrió el cuaderno y preguntó a sus compañeros:

—¿De qué os ha hablado el profesor?

—Ha hablado del descubrimiento de América —dijo Tino.

—No —dijo Tina—. Nos ha contado la historia de Moisés.

—¡Qué va! —dijo Moncho—. Nos ha descrito las pirámides de Egipto.

—¡Silencio! —ordenó don Ataúlfo.

Y cada uno se puso a redactar un tema distinto.

El niño no sabía qué hacer. Sea lo que fuere lo que el profesor hubiera explicado en clase, él no había estado allí y, por tanto, no le había escuchado. No tenía nada de lo que escribir.

Miró de reojo lo que escribía el acusica, y el acusica torció el papel para que no pudiera copiarle.

Miró un raspón que había en la mesa y que parecía el dibujo de un marciano.

Miró el cartel de la catedral de Burgos. Miró la librería, y el bote lleno de renacuajos que había sobre un estante. Se habían llevado los renacuajos.

Miró a don Ataúlfo, que estaba quitando las hojas secas de las macetas. Y volvió a mirar su página en blanco.

Y pensó que le iba a poner un cero.

Entonces cayó en la cuenta de que tenía en la mano la cajita de pinturas, y con el lapicero verde, que era el de punta más afilada, dibujó un cero en medio de la hoja; luego le pintó patas, tres a cada lado, y le puso dos alitas transparentes: enseguida añadió unos ojos saltones y unas minúsculas antenas.

Y resultó una mosca muy graciosa.

El niño probó con la pintura azul; y cuando estaba empezando a dibujar una mariposa, recibió la sorpresa más grande de su vida:

¡La mosquita se estaba moviendo! Sacudía las alas sobre el papel y se rascaba las patas, pensativa. De pronto, comenzó a zumbar y salió volando, verde como una brizna de hierba.

—¡Ahí va! —dijo *Ninguno*.

En la página quedaba solamente el hueco que había dejado la mosca.